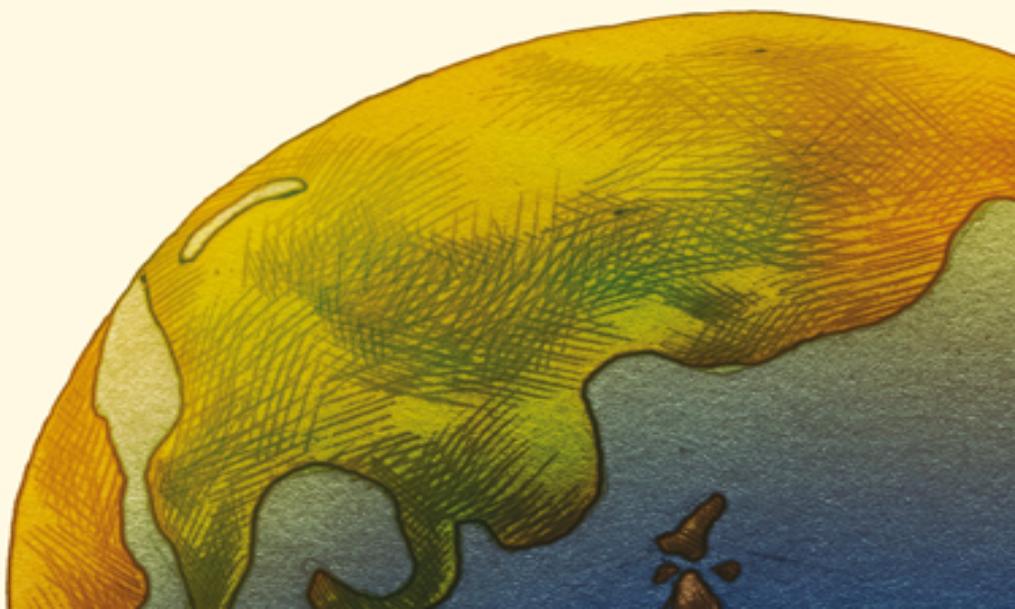
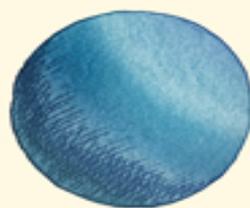
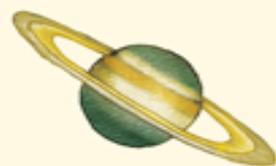


Richard David Precht

¿Por qué hay todo y no nada?

Un paseo por la filosofía



Richard David Precht

**¿Por qué hay todo
y no nada?**

Un paseo por la filosofía

Traducción del alemán de
Isidoro Reguera

Siruela

Las Tres Edades / Nos Gusta Saber

Índice

Cubierta

Portadilla

¿Por qué hay todo y no nada?

Introducción

Yo y yo

En el Museo de Ciencias Naturales

En el Museo de Ciencias Naturales (2)

En el Aquarium

En el zoo

En el parque zoológico

En el metro

En el Museo de la Técnica

En el jardín laberíntico

El bien y yo

En la isla de la Amistad

En la estación central

Ante la Charité

En el lago Plötzen

En la zona RAW

En el «Kolle 37»

Ante el puesto de salchichas Konnopke

Mi felicidad y yo

En Sanssouci

En el Nuevo Museo

En el Plänterwald

En el Parque del Muro

En la torre de la televisión

Bibliografía

Sobre el autor

Créditos

Para Oskar y Far

¿Por qué hay todo y no nada?

Un paseo por la filosofía

Introducción

Sobre cosas de adultos, cosas de lagartos y cosas de niños

Un día, hace aproximadamente un año, Oskar y yo observábamos en el Aquarium de Berlín la anguila eléctrica. Las anguilas eléctricas son espantosas y bastante desagradables, parecen gruesas salchichas de color rosa grisáceo. Este pez, de diminutos ojos opacos y ciegos, posee una fuerte carga eléctrica. Ante nuestros ojos teníamos, pues, a un auténtico monstruo que se deslizaba despacio entre las plantas acuáticas.

A Oskar los monstruos le parecen horribles, pero a la vez le resultan fascinantes. ¿Y si escribiéramos un libro infantil con una anguila eléctrica, increíblemente gigantesca, como amenaza? ¿Un monstruo que emita descargas eléctricas mortales? Entre los libros preferidos de Oskar hay una colección que protagoniza un joven héroe de la Edad Media que se enfrenta a toda una serie de seres extraños. ¿Por qué no habríamos de escribir también un libro sobre una anguila eléctrica? Científicamente ese animal se llama *Electrophorus*. El cartel sería estupendo: «Electrophorus, el horror del Amazonas». El título ya lo tendríamos.

Pero de repente Oskar se quedó muy pensativo. Le surgían dudas.

–Papá, eso no se puede hacer –dijo apenado–, en la Edad Media aún no había electricidad.

Hoy Oskar tiene un año más. Y ya sabe, naturalmente, que en la Edad Media sí había electricidad, por supuesto. Pero entonces nadie sabía lo que era; en la Edad Media los relámpagos también eran descargas eléctricas. De todos modos, de alguna manera, Oskar tenía razón: electricidad y Edad Media no casan muy bien.

Que algo sea exacto objetivamente es una cosa y creer que algo tiene coherencia es otra muy diferente. En este libro se tratará de ambas. De aquello de lo que sabemos con exactitud que es cierto y de las muchas cosas de las que solo podemos decir de forma aproximada que son

ciertas; cosas de las que, sin embargo, consideramos que son coherentes o que no lo son.

Se dice a menudo que los niños son los verdaderos filósofos. Son curiosos y quieren saber todo con exactitud; y en el mundo existen infinitas cosas que se pueden saber. Algunas cuestiones se pueden responder fácilmente y otras son difíciles de responder, o no se pueden responder de modo definitivo o absoluto. Estas son normalmente cuestiones *filosóficas*.

Muchas de esas preguntas y respuestas, que resultan fascinantes para los niños, también lo son, naturalmente, para los adultos. A menudo plantean las mismas cosas: ¿De dónde viene realmente la vida? ¿Por qué los seres humanos a veces están tristes? ¿Cómo puede reconocerse verdaderamente que lo que se hace es correcto o incorrecto?

En mis tres últimos libros para adultos me ocupé de estas cuestiones. Ahora, he recogido algunos de los temas o historias tratados en ellos y los he reelaborado para que también los niños puedan comprenderlas. Oskar, mientras tanto, ya tiene suficiente edad para entender muchos aspectos de todo esto.

Además hay ciertas cosas que son especialmente sugestivas para los niños. El filósofo Martin Heidegger dijo una vez que, para los lagartos, lo que piensan los seres humanos es aburridísimo y totalmente inconcebible. En su mundo no existe ningún asunto humano, solo «asuntos de lagartos». Pero ¿cuáles son los asuntos de lagartos? Heidegger no lo explicó, lamentablemente. ¿Quizá sean insectos crujientes, piedras calientes y agradables y cuevas acogedoras y protectoras?

Del mismo modo que existen «cosas de lagartos», también hay «cosas de niños»; por ejemplo, pasillos largos por los que es imposible andar despacio, solo se puede correr; pisos lisos sobre los que irremediablemente hay que deslizarse en calcetines. Terrenos que invitan a hacer equilibrios. Cojines o almohadas que solo sirven para luchar. Sofás que están ahí para brincar sobre ellos. También existen preguntas de niños, y estas cuestiones son tan diferentes de las de los adultos como andar despacio o deslizarse rápidamente por un pasillo liso. Aunque los adultos –cuando están de muy buen humor, algo

bebidos o recién enamorados– recuerdan que deslizarse es realmente más divertido que caminar despacio...

Por eso las cosas de niños son en muchos casos parecidas a las cosas de adultos, pero la mayoría de las veces resultan más espontáneas, más divertidas y más sinceras. Casi todos los niños saben que no saben muchas cosas. Los adultos, al contrario, siempre creen que tienen que tener una respuesta para todo. Quizá porque piensan que, si no, se les consideraría tontos. Y naturalmente nadie quiere ser tonto, ni los adultos ni los niños. Pero en realidad tontos son sobre todo los seres humanos que creen que lo saben todo...

Para nuestros diálogos filosóficos Oskar y yo hemos elegido Berlín. Es una de nuestras ciudades preferidas. Hay muchísimas cosas que ver, que visitar y que hacer.

Como algunos filósofos famosos, que tuvieron sus mejores ideas mientras caminaban, dimos muchos paseos. De modo que pudimos sentirnos un poquito como Jean-Jacques Rousseau, como Martin Heidegger o como Immanuel Kant, cuyos paseos eran tan regulares y puntuales que parece incluso que los vecinos ponían en hora sus relojes...

Yo y yo

En el Museo de Ciencias Naturales

¿Por qué hay todo y no nada?

Desde que tiene memoria, Oskar se interesa por los dinosaurios, por mamíferos extinguidos como los tigres dientes de sable y por los tiempos primitivos de la Tierra. Por eso nuestra primera estación en Berlín es siempre el Museo de Ciencias Naturales, en la Invalidenstrasse, la calle de los inválidos.

Ya por fuera es solemne e impresionante. Un gran edificio antiguo, de la época del Imperio, con una fachada algo desconchada que hace que el museo parezca tan viejo como es. En el vestíbulo de la entrada nos recibe la gran osamenta del braquiosaurio, el mayor esqueleto de dinosaurio completamente reconstruido con huesos auténticos. Aunque hoy se sabe que en el jurásico había saurios más grandes que el braquiosaurio, por ejemplo, el supersaurio y el argentinosaurio, sigue causando una sensación impresionante situarse bajo ese viejo esqueleto, que es el doble de alto que una jirafa y casi tan largo como una ballena azul. Al lado hay esqueletos de otros dinosaurios jurásicos como el diplodocus y los alosaurios. Y se puede hacer que vuelvan a vivir, por decirlo de alguna manera, con simulaciones de ordenador. Naturalmente también está ahí la valiosa huella fósil del ave originaria arqueópterix en su piedra caliza.

En el hueco de la escalera hay una acogedora zona de descanso con una especie de gran colchón redondo que inmediatamente invita a arrojarse encima. Este es el lugar preferido de Oskar en el museo. Si uno se tumba de espaldas se ve en el techo una instalación multimedia sobre el origen del universo, el *big bang*, la historia del cosmos y de la Tierra. Distendidos y concentrados vemos y escuchamos cómo surgen y desaparecen las galaxias, cómo brillan y se apagan las estrellas. Hasta que al final aparece un espejo en el que nos vemos a nosotros mismos, tumbados en el colchón y mirando hacia arriba. Dos criaturas